

# LA MUERTE DE BRINDIS DE SALAS

## Aventuras de un Artista Bohemio

—¡Hola! ¿Hablo con la Asistencia Pública?

—Sí, señor. ¿Y yo?

—Con la fonda y posada "Ai re dei vini", del Paseo de Julio 294. Sírvase mandar una ambulancia a recoger un enfermo grave. Es un negro atorrante que se está muriendo.

La ambulancia fué. Regresó trayendo al infeliz. Se le acostó en una cama para examinarle. Era un negro. Dos enfermeros comenzaron a quitarle el traje. Tenía el saco y los pantalones sucios y descosidos. Los botines rotos. Las prendas interiores eran... ¡Qué pena! ¡Qué asco! Daba asco y pena, en verdad, toda aquella miseria. La camisa inmundada. Y debajo, en vez de camiseta, un corsé masculino, con ballenas. Un corsé parecido al que usan las mujeres. ¡Pero qué sucio!

—¿Quién será este hombre?

—Un atorrante, sin duda.

—Aquí, en este bolsillo, tiene algunos papeles. Hay un pasaje. El programa de un concierto en Ronda. Una tarjeta. Un pasaporte... ¿Qué dicen?

—"Caballero de Brindis, Barón de Salas". ¡Oh! ¡Es el célebre violinista Brindis de Salas!...

Al oírse nombrar el moribundo, tuvo un segundo de lucidez. Abrió los ojos. Y dijo:

—Sí, soy Brindis de Salas. Pero me muero...

Después cerró los ojos. Empezó a agonizar. Y lentamente, tranquilamente, se fué quedando frío. Duro. Yerto. ¡Muerto!... En una parihuela de carnicería llevaron su cadáver al depósito de la Asistencia Pública. Allí lo tiraron, junto a un joven suicida y a un viejo ladrón a quien un compañero atara de un balazo. Así lo encontré yo. Sobre el cadá-

ver habían puesto su ropa y su corsé mugriento. Ese corsé era el último reflejo de la vanidad del pobre negro...

La historia de este lírico bohemio se parece a un cuento... Sin embargo, es cierta. El primero de junio, murió en nuestra ciudad... Llegó de Europa en el vapor "Satrústegui". ¿A qué vino? Se ignora... Después de haber sido casi millonario; después de haber vivido la vida de un monarca; después de haber hecho temblar el corazón de las mujeres; después de haber paseado por el mundo su alma que era un violín; después de tanto amor, de tanto fuego, de tanto sol, de tanta melodía, de tanta gloria y de tanto laurel, cayó al fin, destrozado. Viejo, pobre, sucio, negro, tísico y solo... ¡Solo! ¡Solito! Ni siquiera tuvo en el momento de morir, el consuelo de abrazar el violín que lo hizo célebre...

Iba por el mundo con las alas abiertas. Se embriagaba de sí mismo. En la copa de su orgullo se bebió de un trago todo su porvenir. Su muerte miserable fué el último tumbido de su embriaguez. Hay mujeres que al mirarse al espejo, se emborrachan—vestidas o desnudas—con su propia belleza. Brindis de Salas oía la voz de su propio violín, y se mareaba con las armonías que él mismo se arrancaba del espíritu...

Hallábase siempre borracho de gloria... No tocaba sino cuando quería. Su vanidad necesitaba el humo del aplauso. Por eso odiaba y amaba las ovaciones. Alto, varonil, esbelto, garboso, Brindis era bello. Mi abuela decía de él: "parece un hombre rubio, tallado en ébano"... En el proscenio con su

violín era un imán. Sus ojos relampagueaban. Movía el arco con una destreza admirable. Dominaba y manejaba todas las "poses". Era un D'Anunzio del frac, de las corbatas y de los cuellos. Como intérprete era incorrecto, en el sentido de que no siempre respetaba las obras. Conocía las debilidades del público. Era efectista. Arrancaba el entusiasmo a tirones. Pero su fogocidad dominaba. Subyugaba. Ataba... Leo Mirau, viejo periodista alemán, fué el primer secretario que tuvo Brindis en Buenos Aires. Me ha suministrado datos curiosos. Brindis llegó aquí muy pobre. Con Mirau fué a ver a Onrubia, quien sólo le ofreció cien pesos por concierto. No aceptó... El inolvidable Frexas—entonces crítico de "La Nación"—llevóle a casa adel general Mitre. Allí Brindis tocó diez minutos ante un buen auditorio. Hizo maravillas. No habló una palabra. Tocó saludó y se fué... Era su táctica. Al día siguiente, Frexas publicó un artículo lleno de entusiasmo. Entonces Onrubia le ofreció por audición mil pesos. Era la fortuna... Ya enriquecido se fué de nuevo a Europa. Estaba casado allá con una señora de la nobleza alemana, rubia y muy hermosa. Vive todavía en Berlín. Allí viven también los tres hijos de Brindis. Los tres son rubios. Son violinistas de cámara del Emperador. Están ricos. Una hija natural—negra—debe estar en Buenos Aires. No se le encuentra... Brindis nació en Cuba. Pero se naturalizó alemán, aunque en el pasaporte hallado en su bolsillo consta que es prusiano... Hablaba siete idiomas. El Emperador de Alemania le concedió con la Cruz del Aguila Negra. Nació el 4 de agosto de 1852. Su padre, Claudio Brindis, era un músico célebre. Como él era cubano y egro. Fué como él muy rico. Murió como él muy pobre. Y ciego... En Buenos Aires la popularidad de Brindis era enorme. Una bella dama portena enamoróse de él. Le envió desde Cienfuegos un retrato que decía: "A tus divinos ojos". El día del entierro—un entierro triste de poeta condenado a sufrir la ironía de las cosas humanas—la dama fué al cementerio y echó sobre la tumba del artista un puñado de rosas... Alguien cree que Brindis ha muerto envenenado. Su muerte es misteriosa...

J. J. DE SOIZA REILLY".

De "Caras y Caretas", de Buenos Aires, 1911.